

MARCHA

y América Latina

MARCHA
y América Latina

Mabel Moraña
Horacio Machín
Editores



Biblioteca de América

La larga *Marcha* hacia los estudios culturales
latinoamericanos

Abril Trigo
The Ohio State University

A la memoria de Carlos Vargas

Poco se ha reflexionado hasta ahora, o poco se ha querido reflexionar, sobre los orígenes -discutiblemente- "autóctonos" y los derroteros seguidos en forma paralela e independiente por los estudios culturales latinoamericanos en relación con sus homónimos británico y estadounidense. Seducidos por las modas teóricas o el *glamour* del *jet set* académico algunos, obnubilados por las fobias y la impotencia otros, hemos aceptado de manera tácita el nunca explícitamente formulado y menos aun debatido lugar común de que los estudios culturales latinoamericanos son un apéndice, un sucedáneo o una traducción de unos supuestos *cultural studies* universales y en inglés. La aceptación, no siempre deliberada, de este lugar común ha generado debates bizantinos y extravíos diversos, arrastrados por la bizarra confusión del nombre con la cosa.

Todo esto se hubiera evitado, quizás, si se reflexionaba con mayor atención, y no en forma circunstancial, acerca de la labor de críticos y pensadores, movimientos culturales y corrientes de pensamiento, instituciones, editoriales y publicaciones que surgieran en América Latina contemporáneamente -y en muchos casos anticipándose y hasta en forma brillante- a la del equipo de Birmingham. Me refiero, claro está, a intelectuales como Darcy Ribeiro, Aimé Césaire, Roberto Fernández Retamar, David Viñas, Carlos Monsiváis, o Paulo Freire, por mencionar algunos, que desde diversas disciplinas y de la manera más indisciplinada, dieron continuidad y renovaron, en el fervoroso entusiasmo de los años sesenta, una espléndida ensayística cultural. Me refiero también a esa floración de ideas, teorías y prácticas culturales que irrumpen en aquellos años desde diversos campos, pero siempre marcadas por las pujantes ciencias políticas y sociales, buscando dar respuesta a los graves problemas que aquejaban a las

sociedad latinoamericana. La crítica de la dependencia, la crítica al colonialismo interno, la teología y la filosofía de la liberación, la pedagogía del oprimido, las prácticas teatrales de creación colectiva y teatro en la calle, los experimentos del nuevo cine y la nueva canción, sin mencionar la tan mentada y controvertida literatura del *boom*, revolucionaron literalmente la producción, el consumo y el concepto de cultura en toda América Latina. A ello debemos sumar la labor de centros de investigación y promoción cultural como Casa de las Américas, el Institute for the Studies of Ideologies and Literatures en la Universidad de Minnesota, el Centro Rómulo Gallegos, o FLACSO; editoriales como EUDEBA, la Oveja Negra o el Fondo de Cultura Económica, y publicaciones periódicas como las colecciones en fascículo del Centro Editor de América Latina (CEDAL), la *Revista Casa de las Américas* y el semanario *Marcha*.

Una amiga argentina me comentaba, hace ya muchos años: "ustedes los uruguayos no tienen una gran narrativa, con excepción de los grandes, pero lo que sí tienen es una gran cantidad de críticos buenos". No importa lo que haya de cierto en dicho comentario, que coincide no obstante con los atributos más destacados de la real o mitológica "generación crítica" de que hablaran Ángel Rama, Mario Benedetti y Emir Rodríguez Monegal, entre otros, sino que apunta una modalidad cultural, una forma de ser y de hacer cultura que fuera captada con sutileza por críticos de cine, precisamente, como Homero Alsina Thevenet y Arturo Despouey, como una cultura de consumidores, exigentes y cosmopolitas, que se materializaba como en ninguna otra parte en las páginas de *Marcha*. Pues en efecto, leer *Marcha* significaba no tanto participar de una comunidad de lectores identificada con una posición política concreta, como con una actitud crítica en lo político, inquisitiva en lo económico, receptiva en lo cultural; una actitud de disensión permanentemente desdeñada por sectores más activamente involucrados en las luchas partidarias y sindicales, que desaprobaban en los "marchistas" su supuesta ambigüedad ideológica y su actitud distante y hasta algo petulante de intelectuales pequeño-burgueses. Críticas todas que guardan un aire de familia con las que han sido formuladas -en distintas circunstancias y refiriéndose a cuestiones teórico-metodológicas pertinentes a un acotado campo discursivo, científico y académico- a los estudios culturales mismos, entre las cuales vale recordar las referidas a su culturalismo, su despolitización, su academicismo, sus rémoras científicas y neo-positivistas o su indefinición ideológica, todo lo cual le llevaría a servir, deliberada o inadvertidamente, a la

globalización económica y cultural promovida por las corporaciones transnacionales, las fundaciones vinculadas a ellas y los circuitos universitarios hegemónicos por el primer mundo.

Pero no es mi propósito en estas páginas rebatir ni discutir estas objeciones, sino formular la hipótesis de que la génesis y la constitución de los estudios culturales latinoamericanos -cuyo nombre es puramente circunstancial- debe buscarse no en fuentes e influencias externas -cuya presencia a lo largo de la historia es por cierto ineludible-, sino en la praxis cultural y la acumulación de capital crítico-teórico realizada por generaciones de latinoamericanos. Concretamente, y en lo que a este ensayo se refiere, quisiera argumentar que es posible encontrar en las páginas de *Marcha*, desde aquel lejano primer número de 1939, la constitución, zigzagueante pero segura, de al menos una línea de los que vendrían a ser luego conocidos como los estudios culturales latinoamericanos. No faltará quien piense, y con razón, que hay algo de justificación personal en esta hipótesis, de demostración *a posteriori* de la emergencia de un campo de investigación que se constituye como tal bajo las coordenadas de la globalización y zarandeado por las marejadas del posmodernismo y su secuela, el poscolonialismo. Puede ser. Pero no debemos olvidar que la globalización no comienza en los noventa; que la globalización actual, liderada por el capital financiero transnacional y patrocinada tecnológicamente por la revolución informática, arranca, bajo otras vestiduras, en la inmediata posguerra, y que esa globalización ("palabra bárbara para referir a fenómenos bárbaros", según dijera Quijano [CM 2 1985 24]) se hace sentir simultáneamente, aunque por distintos caminos y con efectos distintos, tanto en Birmingham como en Montevideo. No lo olvidemos: de Montevideo salen, en 1963, Los Shakers, la mímica más exacta del *rock* producido en Liverpool por los discípulos más aventajados de bluseros y roqueros afro-norteamericanos.

En las páginas que siguen intentaré exponer algunas líneas medulares de la práctica intelectual de *Marcha*, que guardan una notable coincidencia con algunas características consideradas clave de los estudios culturales, y que adquieren particular relevancia a partir de un punto de inflexión localizable alrededor de los años 1958-1960.

INDEPENDENCIA CRÍTICA

A lo largo de décadas, y dirigida por la brújula más ética que ideológica y más estratégica que táctica de Carlos Quijano, *Marcha*

predicó y practicó una intransigente y muchas veces arrogante independencia crítica que fue postura vital, un modo desafiante de vivir la turbulenta modernidad latinoamericana desde un rincón de la periferia. Esa independencia crítica, que atraviesa desde la página editorial hasta la contratapa humorística, pasando por internacionales, las notas literarias, la crítica teatral y cinematográfica, las revisiones historiográficas y las cartas de los lectores, adquiere carácter paradigmático en la razonada y despiadada crítica de la cultura uruguaya -no sólo de la política y de la economía- realizada por Quijano desde sus editoriales, muchos de ellos piezas ensayísticas de primera. Su lapidario "Un Uruguay está muerto", repetido varias veces a lo largo de los años, resuena todavía con su dolor y su esperanza, y valga la cita:

A lo largo de estos veinticinco años nos ha tocado ser los espectadores impotentes, en lucha contra todos y contra todo, del trágico descaecimiento del país. Un trágico descaecimiento por doquier y del cual no son los únicos responsables los políticos mediocres, tartufescos, superados por los hechos, que Dios y el destino nos han brindado. Del cual también es responsable el país entero. Un país sin memoria, sin convicciones, sin columna vertebral, que dejó matar a Brum y no reaccionó frente a su sacrificio; un país que tolera, acompaña y estimula a quienes hoy le prometen pan y luego, como en la canción infantil, no le dan; un país que le tiene miedo a la verdad y luego admite que aquellos mismos que la ignoraron, la ocultaron, o la negaron, la utilicen y la prostituyan. Un país escéptico, cínico, ventajero y miope. Sin conciencia de su destino y sin capacidad de sacrificio, de fervor y de amor, para cumplir ese su destino. ["Contra cualquier malón", 12/6/64, CM 6 1985 69]

Detrás de la elegía emerge una desgarrada crítica a una sociedad conformada por y conforme con un país y un imaginario que se hundían sin remedio, un toque de alerta, un llamado a la acción, duela lo que duela: "Fijado el rumbo, como lo está, empecemos por mirar a la realidad de frente y por soportar la verdad, que es, como decía Gramsci, siempre revolucionaria" ["Fin y principio", 30/12/71, CM 2 1985 109]. Pues esta labor crítica, plasmación criolla, machaconamente repetida, de una filosofía de la sospecha, que compendia y articula el escepticismo de la razón con el optimismo de la voluntad, junto al sabor amargo de la frustración o de la duda, nos enseña que, "Como siempre, la vida comienza mañana" ["A rienda corta", 22/8/58, CM

6 1985 11], que "La larga marcha continúa o, en verdad, recién se inicia" ["¿Y después?", 27/9/68, CM 2 1985 65], o como escribiera tres días después del golpe de estado del 73 y a un paso del exilio, "La batalla no ha terminado: apenas empieza" ["La soledad de las armas", 30/6/73, CM 2 1985 135].

Desde la emblemática nave y la máxima "Navigare necesse vivere non necesse" que rubrica su logotipo, el semanario practicó una gozosa y terca filosofía del vivir y del pensar a contrapelo de los poderes establecidos y a contramano del sentido común, que aunque nunca haya sido teorizada, anticipa por un lado los rasgos más políticos de la "lectura a contrapelo" deconstructivista y poscolonial y, por otro, el carácter indisciplinado y transdisciplinario, anti-institucional y marginal de los estudios culturales en sus orígenes. Otra vez, valga la cita de Quijano:

Nuestro eminente colaborador, el Padrè Segundo, escribía hace poco en *Marcha* que nuestros lectores "están más de acuerdo en lo que no quieren que en lo que quieren".

Puede que el sentido que le damos a la frase no se ajuste a la cabal intención de quien la escribió. Muy contentos estaríamos, si la observación fuera exacta. Porque no hemos querido crear ni un partido, ni una secta, ni una escuela. No tenemos discípulos, ni aspiramos a tenerlos. No tenemos partidarios, ni ambicionamos tenerlos. No poseemos ni nos envanecemos de poseer verdades absolutas, simples, tajantes. Odiamos los dogmas y las fórmulas estereotipadas. Acaso el único aporte positivo de *Marcha* a la evolución del país, ha sido ese [...] Plantear los problemas y tratar de buscarles solución sin preconcepciones, sin espíritu de sistema o de clan. ["Atados al mástil", 26/6/64, CM 5 1985 7]

HETERODOXIA

La trayectoria intelectual de *Marcha* recorre, en buena medida, la evolución ideológica de Quijano, pero también la transformación sociocultural, económica y política del país y del mundo. El militante nacionalista blanco de izquierda de los cuarenta se convierte en el antiimperialista y tercerista de los cincuenta, en el socialista de los sesenta y en el frenteamplista de los setenta. Siempre al sesgo, siempre de frente, la nave de *Marcha* arremetía contra todo y daba espacio a todos en el libre ejercicio de la expresión de las ideas. De ahí el eclecticismo que recorre sus páginas, donde nada contaban los modelos y la adaptación de fórmulas, pues lo que realmente importaba era la

posibilidad de imaginar y de crear con audacia a partir de la experiencia. Un rápido inventario de los autores publicados en distintos momentos del semanario confirmaría este eclecticismo del que hablo, que manifiesta, más que ambigüedad ideológica, amplitud política y experimentación teórica, siempre guiadas por la polémica, infinitas polémicas acerca de la economía y la política, la estrategia y la táctica, los fines y los medios, la sociedad y la cultura. Particularmente relevante para mi hipótesis resulta la larga y sinuosa polémica con otros sectores de la izquierda nacional, principalmente con el marxismo ortodoxo de línea pro-soviética, y la proyección del antiimperialismo tercerista, de tan amplias repercusiones en la América Latina de los sesenta. Escribía a poco de terminada la guerra: "El comunismo hace lo que hace, porque pretendiendo ser un partido nacional, no es, en realidad, más que el representante obsecuente y dogmático de una gran potencia extranjera" ["Vuelve 'el peligro comunista'", *Marcha* 11/5/45]. A la durísima denuncia del Partido Comunista, por seguir supeditando la estrategia revolucionaria y antiimperialista a los intereses geopolíticos soviéticos y su política de frente popular responde el eco, casi treinta años más tarde y ya en el marco integrador del Frente Amplio, de la reprobación al aliado que se quiere equivocado:

Muchas cosas se han hundido en nuestro Uruguay presente; pero de todas una duele más: aquellos que tenían la obligación de responder eludieron el reto, y perdieron el tiempo en recámaras, idas y venidas, diálogos y consignas, para probar que lo negro era blanco o por lo menos, tolerablemente gris, mientras, súbitamente, por una especie de revelación divina, descubrieron que poder militar y oligarquía, eran distintas y opuestas, como si aquel fuera un clavel del aire sin raíces en la tierra. ["La lucha es una sola", 6/4/73, *CM* 2 1985 131]

Si no es posible encontrar en *Marcha* una teoría político-cultural latinoamericana *per se*, es indudable que aró el surco que podría conducirnos a dicha producción teórica. En tal sentido, la revolución cubana, que *Marcha* apoyó desde el comienzo -críticamente- claro del mismo modo que celebró tantos otros movimientos revolucionarios y denunció intervenciones imperiales en América Latina, constituye un punto de inflexión. Pero la conversión de Fidel Castro al marxismo-leninismo provocó un deslinde teórico-filosófico por parte de Quijano que, no obstante, nunca afectó el apoyo estratégico brindado a la revolución por el semanario y la mayoría de sus colaboradores. La

crítica de Quijano se dirige a "los catecúmenos" que "toman de Marx lo eterno y formal y definitivamente caduco, y olvidan o dejan a un lado lo todavía vivo y sustancial". Aclara que "sin haber leído a Marx no se puede entender al mundo contemporáneo" ni América Latina, pero insiste en que "la gran tarea, la heroica, difícil, oscura tarea, aquí en nuestras tierras, es crear una 'teoría' que se ajuste a nuestra realidad", pues "limitarse a trasplantar y repetir lo que otros dijeron, o imaginaron, es ingenuidad de catecúmenos, puerilidad de pensamiento, colonialismo intelectual, en fin". Obsérvese que no es el marxismo lo criticado, sino su adopción acrítica y formal, descuidando la praxis imprescindible para una producción teórica "latinoamericana" en América Latina:

Nadie puede pensar por nosotros. Es deber al que no podemos renunciar. Tenemos que cumplirlo nosotros, nosotros mismos. Y cumplirlo en las peores condiciones, en las condiciones menos propicias para la meditación y el estudio. Hundidos en el barro pegajoso de un continente caótico [...] Nuestra 'teoría', nuestras 'teorías', no se incubarán en los laboratorios. Surgirán, si es que han de surgir, en la larga y agotadora marcha, entre el ataque y la defensa, en la guerrilla sin pausa y sin piedad, sin limpieza, de los días, de todas las horas. ["Las declaraciones de Fidel Castro", 8/12/61, *CM* 3 1985 56-7]

Independencia crítica y heterodoxia no significan, de modo alguno, prescindencia política o ambigüedad ideológica; mantener una posición crítica respecto a las políticas partidarias concretas no implica negación de lo político ni de la importancia de los partidos. Tan es así que *Marcha*, con sus permanentes e históricos desmarques, su crítica a rajatabla y su acogimiento de voces disímiles de la izquierda independiente, jugó un papel precursor en la unidad de la izquierda y la formación del Frente Amplio. Escribía Quijano a Emilio Frugoni ya en la crítica coyuntural de 1958 acerca de la necesidad de "intentar sobre la base de las organizaciones constituidas [...] la creación de un frente nacional, de las llamadas izquierdas" ["Noviembre es un punto de partida", 17/10/58, *CM* 6 1985 18]. Pero por donde pasa verdaderamente el compromiso político de *Marcha*, dando cabida a posiciones políticas muchas veces disímiles, es por el antiimperialismo, el latinoamericanismo y el tercerismo.

ANTIIMPERIALISMO Y LATINOAMERICANISMO

Nacida como trinchera antifascista al estallido de la Segunda Guerra Mundial, *Marcha* se va desplazando a posiciones antiimperialistas que llegarán a materializar un tipo muy definido de latinoamericanismo que deja atrás el espiritualismo arielista, para situarse en una concepción geopolítica e historicista que se adelanta al revisionismo histórico y la crítica de la dependencia de los años sesenta. Escribía Carlos Real de Azúa hacia 1959 analizando la ambigüedad de sentimientos en América Latina frente a la victoria aliada, deseada, pero con aprensiones:

la conciencia dividida que importaba esa actitud es para nosotros la asunción plena, de nuestra condición de "pueblos marginales". Es un tocar tierra con nuestro efectivo destino. Y los pueblos marginales, las naciones marginales, los continentes marginales, por serlo, no pueden, sin traición, abrazar las mismas causas, o, con más precisión, abrazarlas de la misma manera, que los pueblos centrales, los pueblos protagonistas de la historia. ["Política internacional e ideologías en el Uruguay", *Marcha* 3/7/59]

Análisis sutilísimo, que mete el escalpelo en esa misma ambigüedad que, según teóricos poscoloniales, constituye el núcleo de la condición colonial, pero para formular una posición anticolonialista y antiimperialista categórica. El texto resuena, hoy, con dolorosa actualidad.

Pero el latinoamericanismo va a formularse en términos más programáticos en la defensa de políticas de integración regional, en las cuales la memoria de la Patria Grande opera como mítico referente de la utopía, pues lo verdaderamente importante es que ningún país latinoamericano, y menos aún los pequeños, como Uruguay, tienen viabilidad como naciones independientes en un mundo crecientemente globalizado: "El país vive en situación de emergencia desde hace muchos años. Así, a partir de los orígenes [...] el Uruguay sólo podrá ser dentro de una integración subregional o regional o latinoamericana y que histórica, geográfica, política y económicamente, sólo queda un camino: el que vio y trazó Artigas" [Quijano, "La emergencia de lejos y de cerca", *Marcha* 21/4/67]. Aquí coinciden la mirada histórica -la historia nacional, la historia continental y la historia de la modernidad capitalista-, con la perspicacia geopolítica -centro y periferia, colonialismo y neocolonialismo-, la crítica de la economía política -desarrollo y dependencia-, y una memoria de larga duración:

América Latina, nuestra América, tiene la nostalgia de su pasada unidad y la intuición de una vaga unidad presente. Latino América es un mito, un mito que puede ser fecundo y útil y que en ocasiones, a través del siglo turbulento y confuso que nuestros países llevan de independencia formal, fue salvador. [Quijano, "América espacio y tiempo", 9/10/59, *CM* 4 1985 69]

Dicho de otra manera, América Latina no es otra cosa que un mito, un imaginema, un constructo de la imaginación al servicio de un proyecto anticolonialista y antiimperialista que irrumpe con violencia en la década de los sesenta. Una dinámica ideológica, una utopía, nada más. Lo cual explica que todos aquellos que han criticado el "latinoamericanismo" desde algunas tiendas de los estudios culturales latinoamericanos, han sabido eludir cuidadosamente toda referencia a este latinoamericanismo que poco tiene de fundamentalismos ni de esencias, y sí mucho de praxis histórico-cultural.

DEL TERCERISMO AL SOCIALISMO

Una vez concluida la Segunda Guerra Mundial con el triunfo aliado y la configuración de un nuevo *status quo* que conduce a la Guerra Fría, la original posición antifascista del semanario cede lugar al tercerismo, no-alineamiento estratégico de los movimientos anticolonialistas y los países ahora denominados "subdesarrollados" o del "tercer mundo", que buscan preservar su autonomía y evitar ser subsumidos en el juego bipolar de las dos superpotencias. Ese es el marco, primordialmente estratégico y pragmático, en que se maneja Quijano, por ejemplo cuando responde al mismísimo Carlos Vaz Ferreira, quien criticara a la tercera posición por expresar desencanto y descreimiento, constituyendo así un paralizante término medio, sumamente riesgoso en el concierto mundial de la época.

La tercera posición -escribe Quijano- es eminentemente democrática, más aún, entiende representar en nuestra América la verdadera posición que habla y actúa en nombre de la democracia [...] Concebimos la tercera posición como una actitud específicamente de política internacional, dirigida desde un punto de vista mundial a impedir una tercera conflagración y desde un punto de vista nacional a preservar los destinos autónomos de la nacionalidad. ["Oyendo a Vaz Ferreira", *Marcha* 25/5/51]

Tanto la argumentación de Quijano como la de Vaz Ferreira parten de premisas y sostienen valores rigurosamente modernos; sin embargo, es imposible no reparar en la notable semejanza que guardan las críticas de Vaz Ferreira con muchas de las formuladas, décadas más tarde, al "desencanto" posmoderno. Sin saberlo, porque no podían saberlo, Vaz Ferreira y Quijano estaban ya debatiendo, aunque dentro de un marco epistemológico rigurosamente moderno, como no podía ser de otra manera, los perceptibles signos de la globalización, que aún distaba mucho de ser así llamada.

Arturo Ardao escribiría unos años más tarde:

El tercerismo no es una ideología, pues se trata de un movimiento internacional predominantemente nacionalista, antiimperialista y anticolonialista nacido hacia 1947, que se opone al chantaje nuclear y reacciona a una draconiana lógica del tercero excluido, ofreciendo una temprana resistencia global al proceso de globalización y articulando una visión comprensiva de la globalidad desde la periferia. ["Segunda respuesta a un tercero", *Marcha* 28/1/66]

Es precisamente esta concepción estructural y sistémica de la globalidad y la asunción lúcida y consciente de la condición subdesarrollada y periférica, en franco desacuerdo con los lugares comunes del imaginario de la Suiza de América, lo que hace posible una crítica de la globalización en ciernes y de la modernidad occidental que se adelanta bastante a los diversos pos- de décadas más tarde: "Creo que una conciencia madura de la caducidad de lo moderno", escribía Carlos Real de Azúa en 1954, "significaría ante todo el habitual repudio del centralismo soviético y del capitalismo norteamericano, pero por razones mucho más profundas y espirituales que las corrientes" ["Blancos y colorados", *Marcha* 22/1/54]. Casi trágica resulta la actualidad de las reflexiones de Quijano a propósito del desembarco de *marines* en Santo Domingo en 1965:

Todo cuanto se oponga a Estados Unidos es diabólico y comunista [...] Toda la historia sería la sinuosa trayectoria de la lucha entre el Bien y el Mal, entre Dios y el Diablo [...] La historia ha desembocado en ese combate sin equívocos. Estados Unidos es el Bien; sus antagonistas el Mal. Todo aquel que no está con Estados Unidos está con el Mal. Hay que optar sin vacilaciones. La "neutralidad" es un crimen. El resto del mundo, los intereses específicos, los modos de vida, las tradiciones, las costumbres, la organización, los sueños, las virtudes, los defectos de todos los demás, países y tierras, no

cuentan. O el "american way of life", Biblia en mano y dólares en bolsa, o el comunismo. Europa no existe, África no existe, América Latina no existe, Asia no existe. ["Murieron por nosotros", 7/5/65, *CM* 3 1985 48]

Esta impecable disección del terrorismo ideológico moderno, revestido de la teleología más burda y la teología más gazmoña pero afianzado siempre a fin de cuentas a punta de bayoneta, llevaría a toda o casi toda esta "generación crítica" marchista a recorrer un proceso intelectual cuya lógica, política y cultural, aún no ha sido desmentida:

Por el nacionalismo, pensamos alguna vez, se va al antiimperialismo, por el antiimperialismo al socialismo. Por la patria chica, pensamos entrañablemente ahora, a la patria grande. Por el socialismo a la integración. Sin la revolución liberadora y antiimperialista no habrá para nosotros patria. Ni chica ni grande. [Quijano, "Morir oriental", *Marcha* 9/2/68]

EL GIRO "CULTURAL"

Dos acontecimientos políticos, uno nacional y otro internacional, promueven entre 1958 y 1959, una radicalización política del semanario acorde a las tensas circunstancias del país y del mundo, que alimentan, por sinuosos caminos, una politización de lo cultural que transforma, de rebote, la concepción misma de lo literario. Las elecciones nacionales de 1958, en las cuales el Partido Nacional llega finalmente al gobierno mediante una alianza con un movimiento rural populista de derecha, luego de noventa años de hegemonía colorada, llevan a la definitiva ruptura de Quijano con los partidos tradicionales y un modelo de país petrificado en el cada vez más imaginario "la Suiza de América", franqueándole las puertas hacia una nueva formación de izquierdas [véase: "A rienda corta", *Marcha* 22/8/58]. En 1959, la revolución cubana inaugura un rico y convulso período en toda América Latina, cuyas profundas repercusiones obligan a constantes reacomodos y revisiones diversas entre las fuerzas de izquierda, a los cuales *Marcha* no podía ser inmune. La profundización de la crisis nacional -crisis política, económica, social y cultural- adquirió entonces nuevo sentido y dimensiones inesperadas en el marco de la agitación socio-política continental: mientras la crisis de "la Suiza de América" "latinoamericanizaba" al país, *Marcha* adquiría prestigio y dimensión

latinoamericana. La necesidad de indagar, cuestionar y explicar una crisis nacional que era también crisis de imaginario y de proyectos, coincidió con la urgencia en tomar posiciones y actuar políticamente. El género del ensayo periodístico, que por naturaleza apunta a la reflexión de largo aliento y a la urgencia periodística, y la tradicional interdisciplinariedad de su enfoque, facilitó la transición de que hablo. Cotejar el espacio o el número de artículos dedicados al tratamiento de la temática económica o política, internacional o nacional, cultural o literaria, o cualesquier otros, en distintas etapas en la vida del semanario, nos permitiría quizás comprobar el giro del que hablo. Bástenos, de momento, la rudimentaria estadística que he podido elaborar (Cuadro 1) a partir de la información suministrada por el *Índice de Marcha* publicado por Javier Ubillos (Cuadro 2), que cubre exactamente los seis últimos años del semanario, de 1967 a 1973.

CUADRO 1			
ÁREAS TEMÁTICAS	NÚMERO DE ARTÍCULOS	PORCENTAJE SOBRE TOTAL	PORCENTAJES CONSOLIDADOS
ECONOMÍA	542	10,1	10
POLÍTICA	2612	48,7	49
Uruguay	1181	22	
Internacionales	1431	26,7	
SOCIALES	389	7,2	7
Iglesias	168	3,1	
Sindicales	221	4,1	
CULTURA	1818	33,8	34
Artes	1456	27,1	
Ciencias	106	2	
Deportes	23	0,4	
Enseñanza	157	2,9	
Historia	76	1,4	

Vale la pena observar que si la temática política es ampliamente predominante en esos años, los asuntos internacionales –y entre ellos los latinoamericanos– tienen mayor peso que la política nacional. Asimismo, lo cultural tiene un peso neto de 34% sobre el total, que resultaría mayor si incluyéramos en esta categoría muchos artículos clasificados bajo los rubros “Política” y “Sociales”, cuyos límites resultan, en el mejor de los casos, borrosos. Los artículos estrictamente literarios, incluidos en “Cultura”, llegan apenas a setenta y cinco, lo cual representa tan solo un 4,1% del total de artículos publicados sobre temática cultural.

Si a esta rápida panorámica estadística sumamos el papel jugado por los *Cuadernos de Marcha*, publicación mensual de la cual aparecen en su primera época, entre 1967 y 1973, un total de setenta y ocho números, el panorama quedará completo. *Cuadernos de Marcha* permitía profundizar, recopilando ensayos y documentos, sobre temas claves, ya fueran políticos, históricos, literarios, culturales, religiosos y eclesiásticos, o todo ello junto. En esos seis años se publican cuadernos cubriendo desde Rodó al *Martín Fierro*, desde Chile a Vietnam, desde las encíclicas papales del siglo XX hasta la expansión protestante en América Latina, desde el peronismo hasta la doctrina de la seguridad nacional.

Y aquí es donde entra el giro de lo literario a lo cultural a que me refiero, porque esta “latinoamericanización” de *Marcha* no proviene, en sentido estricto, de una transformación en su línea política o ideológica: el latinoamericanismo y el antiimperialismo fueron, como ya hemos visto, constantes desde los comienzos del semanario, que en todo caso se radicalizan en la efervescencia de los sesenta. Lo que sí es perceptible es un mayor tratamiento de los temas latinoamericanos y del tercer mundo, que pasan a sustituir el espacio dedicado anteriormente a asuntos europeos. Desplazamiento que resulta evidente en la sección “Literarias” –dirigida por Emir Rodríguez Monegal desde 1945 y por Ángel Rama desde 1958– en cuyas páginas se descubriría o promovería a casi todos los autores del *boom*, al tiempo que avanzaba una fuerte revisión del canon de la literatura nacional; se haría la crítica *literaria* de los textos del *boom* y la crítica *cultural* del fenómeno del *boom*; se desplegarían varias polémicas sobre políticas culturales, estrategias editoriales y la politización de la cultura, como la que Rama llevó adelante contra el mismo Rodríguez Monegal y su aventura de *Mundo Nuevo* [véase Mudrovic]; se abrirían las páginas de *Marcha* a escritores latinoamericanos y se contribuiría a que el semanario conquistara un espacio de prestigio a lo largo y ancho de América Latina.

Como ya he escrito en otra parte [2000], la enemistad entre Rodríguez Monegal y Rama no puede ser entendida tan solo como una lucha por el poder entre dos intelectuales brillantes y ambiciosos, sino como manifestación emblemática de un profundo quiebre crítico-metodológico, además de ideológico y político, en línea con los acontecimientos socio-históricos. Como dijera Carlos Real de Azúa, ya por motivos personales, profesionales o ideológicos, Rodríguez Monegal fue el escritor uruguayo que tuviera mayor cantidad de enemigos [véase Rocca 12]. Rodríguez Monegal había estado a cargo

de "Literarias" desde 1945, cuando en 1958, por diferencias ideológicas con Quijano y su equipo, fue reemplazado por Rama, quien entonces reformuló la sección como "Culturales", redefiniendo por completo el enfoque, la tónica y los énfasis de una importante sección del semanario. No se trata de que la sección comenzara a dedicar más espacio a otras prácticas culturales, como el cine y la plástica, por ejemplo, sino de un cambio de enfoque que es también un cambio de estilo y un cambio de política: los modelos literarios y culturales dejan de ser europeos y norteamericanos para ser latinoamericanos y del tercer mundo; la crítica pasa de un refinado formalismo estilístico a una socio-crítica bastante ecléctica. Como el mismo Rama sintetiza el período, a Rodríguez Monegal, quien practicaba una muy erudita y elegante variedad de *new criticism*, correspondió actualizar e internacionalizar la literatura uruguaya, introduciendo los modernistas de lengua inglesa, por ejemplo, y diseminando a Borges y la estética de la revista *Sur*, "todo dentro de una muy específica y restringida apreciación de la literatura que lo emparentó al 'literato puro'", dice Rama, y continúa:

Muy otra fue mi circunstancia: a mí me correspondió reinsertar la literatura dentro de la estructura general de la cultura, lo que fatalmente llevó a un asentamiento en lo histórico y a operar métodos sociológicos que permitieran elaborar la totalidad, reconvertir el crítico al proceso evolutivo de las letras comprometiéndolo en las demandas de una sociedad y situar el interés sobre los escritores de la comunidad latinoamericana, en sustitución de la preocupación por las letras europeas. Fue también la lección del tiempo porque la revolución cubana, la apertura del nuevo marxismo, el desarrollo de las ciencias de la cultura, las urgencias de la hora, marcaban nuevos derroteros, como fácilmente se lo puede comprobar en la evolución de críticos como Carlos Real de Azúa o Mario Benedetti, donde esa inflexión es evidente. (88-9)

A lo cual agrega más adelante, definiendo de esta manera en términos inconfundibles lo que en verdad era un verdadero cambio de paradigmas:

Comienza a reducirse la consideración del hecho estético como entidad pura e independiente, pasible de un tratamiento casi abstracto en el plano de los absolutos artísticos -lo que a veces propendía a enajenarlo del contexto real instalándolo en la urdimbre de una nueva retórica- para recolocarlo en el marco de una sociedad

a la cual expresa en una determinada coyuntura histórica, la que a su vez constituye parte central en su proceso genético [...] La crítica comenzó a hacerse histórica, sociológica e ideológica, manejando explicaciones que correlacionaban la obra con el contorno y escudriñaban los asientos concretos de los fenómenos culturales. (207-8)

Dicho de otra manera, la crítica de Rodríguez Monegal ejemplificaría lo que Hernán Vidal ha llamado "desviaciones tecnocráticas" de los cincuenta, mientras Rama, por el contrario, representaría la emergencia en los sesenta de una lectura comprensiva y social de la literatura, según la cual "el crítico literario debía abandonar su identidad de técnico dedicado al análisis de ciertos textos privilegiados para adoptar la identidad de quien produce cultura desde una posición política conscientemente asumida". A partir de este giro, concluye Vidal, "la crítica literaria se aproximó a la antropología simbólica, la sociología y las ciencias políticas" (115). Este giro sacudiría el quehacer crítico y creativo hasta los cimientos: desde el estatuto del texto literario hasta la conformación y vigencia del canon, desde la relación entre el arte y la literatura hasta los límites de estas respecto a lo popular, desde las tecnologías de la crítica literaria y cultural hasta el papel político del intelectual, principalmente en tiempos de crisis. Todas ellas cuestiones que también preocupaban por entonces a los estudios culturales de Birmingham y que vendrían a ser, con los años, problemas centrales de los estudios culturales latinoamericanos.

CUADRO 2
MARCHA
ÍNDICE TEMÁTICO DE ARTÍCULOS FIRMADOS
1360 - 1649, Julio 1967-Junio 1973

ÁREAS TEMÁTICAS	TEMAS	SUB-TEMAS	SUB-TOTALES	TOTALES	%	
ARTES	CINE		501	1456	27,1	
	DANZA		64			
	LITERATURA		75			1,4
	MÚSICA		308			
	PLÁSTICA		123			
	PRENSA		77			
	TEATRO		308			
CIENCIAS		106	106	2		
DEPORTES		23	23	0,4		
ECONOMÍA			542	10,1		
	MUNDIAL		25			
	AMÉRICAS		10			

ÁREAS TEMÁTICAS	TEMAS	SUB-TEMAS	SUB-TOTALES	TOTALES	%
		ALALC	15		
		ARGENTINA	8		
		CHILE	8		
		CUBA	9		
		EEUU	2		
		URUGUAY		447	
		GENERAL	72		
		BANCA	23		
		COMERCIO			
		EXTERIOR	14		
		DEUDA			
		EXTERNA	25		
		ILÍCITOS	52		
		ÍNDICE DE			
		PRECIOS	18		
		MONEDA	19		
		PRESUPUESTO	22		
		RURALES	220		
		TURISMO	4		
ENSEÑANZA	EUROPA		18		
	AMÉRICAS		7	157	2,9
HISTORIA		URUGUAY	150		
	MUNDIAL AMÉRICAS		4	76	1,4
		ARGENTINA	2	65	
		EEUU	2		
		PARAGUAY	4		
		URUGUAY	57		
	EUROPA			7	
		ALEMANIA	3		
		ESPAÑA	2		
		FRANCIA	1		
		URSS	1		
IGLESIAS	MUNDIAL AMÉRICAS		45	168	3,1
		ARGENTINA	23		
		BOLIVIA	7		
		BRASIL	2		
		CHILE	14		
		COLOMBIA	9		
		CUBA	1		
		PARAGUAY	2		
		PERÚ	14		
		URUGUAY	2		
	EUROPA		48		
		ESPAÑA	1	1	
POLÍTICA	MUNDIAL ÁFRICA		25	2612	48,7
		ARGELIA	4		
		BLAFRIA	3		
		MARRUECOS	6		
		SUDÁFRICA	2		
		UGANDA	2		
	AMÉRICAS		1		
		ARGENTINA	75		
		BOLIVIA	294		
		BRASIL	104		
		CANADÁ	105		
		CHILE	16		
		COLOMBIA	91		
		COSTA RICA	8		
			1		

ÁREAS TEMÁTICAS	TEMAS	SUB-TEMAS	SUB-TOTALES	TOTALES	%
		CUBA	31		
		ECUADOR	12		
		EEUU	158		
		GUATEMALA	15		
		HAITÍ	6		
		HONDURAS	3		
		MÉXICO	15		
		NICARAGUA	2		
		PANAMÁ	5		
		PARAGUAY	7		
		PERÚ	54		
		PUERTO RICO	4		
		SAN SALVADOR	3		
		SANTO DOMINGO	9		
		URUGUAY		1181	
		LEYES	26		
		PARTIDOS	371		
		PLANIFICACIÓN	25		
		PROBLEMAS SOCIALES	160		
		PROTESTA			
		REPRESIÓN	429		
		RELACIONES EXTERIORES		47	
		SERVICIOS PÚBLICOS	106		
		SUCESOS	17		
	ASIA	VENEZUELA	26		
		CHINA	2		
		FILIPINAS	45		
		INDIA PAQUISTÁN	1		
		INDOCHINA	8		
		JAPÓN	79		
		MEDIO ORIENTE	3		
		AUSTRALIA	60		
		EUROPA	1		
		ALEMANIA	2		
		CHECO-ESLOVAQUIA	14		
		ESPAÑA	24		
		FRANCIA	21		
		GRECIA	27		
		INGLATERRA	6		
		IRLANDA	7		
		ITALIA	4		
		POLONIA	14		
		PORTUGAL	3		
		RUMANIA	1		
		SUECIA	1		
		URSS	1		
SINDICALES	MUNDIAL AMÉRICAS		20	221	4,1
		EEUU	1		
		URUGUAY	3		
		GENERAL	2		
		BANCOS	132		
		ESTATALES	20		
		FRIGORÍFICOS	4		
		METALURGIA	9		
		PAPEL	4		
		PRENSA	1		
		RURALES	6		
		SALUD	16		
		TEXTILES	4		
			19		
TOTALES				5361	(100)

BIBLIOGRAFÍA

- Ardao, Arturo. "Segunda respuesta a un tercero". *Marcha* 1290 (Montevideo, 28-01-1966): 8.
- Mudrovic, María Eugenia. *Mundo Nuevo: cultura y guerra fría en la década del 60*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1997.
- Quijano, Carlos. "Escritos políticos I". *Cuadernos de Marcha* 1/2 (Montevideo, 1985).
- _____. "Escritos políticos II". *Cuadernos de Marcha* 1/3 (Montevideo, 1985).
- _____. "Los grandes problemas nacionales". *Cuadernos de Marcha* 1/4 (Montevideo, 1985).
- _____. "Miremos los hechos de frente". *Cuadernos de Marcha* 1/5 (Montevideo, 1985).
- _____. "El país y su gente". *Cuadernos de Marcha* 1/6 (Montevideo, 1985).
- _____. "Vuelve el peligro comunista". *Marcha* 11/5/45 (Montevideo, 1945).
- _____. "Oyendo a Vaz Ferreira". *Marcha* 25/5/51 (Montevideo, 1951).
- _____. "Morir oriental". *Marcha* 9/2/68 (Montevideo, 1968).
- _____. "A rienda corta". *Marcha* 22/8/58 (Montevideo, 1958).
- Rama, Ángel. *La generación crítica. 1939-1969*. Montevideo: Arca, 1972.
- Real de Azúa, Carlos. "Política internacional e ideologías en el Uruguay". *Marcha* 3/7/59 (Montevideo, 1959).
- _____. "Blancos y colorados". *Marcha* 22/1/54 (Montevideo, 1954).
- Rocca, Pablo. "La carrera de Emir Rodríguez Monegal (1921-1985)". *La obra crítica de Emir Rodríguez Monegal*. Homero Alsina Thevenet y Pablo Rocca. Montevideo: Ediciones de la Plaza, 1994.
- Trigo, Abril. "Why do I do Cultural Studies?" *Journal of Latin American Cultural Studies* 9/1 (London, 2000): 73-93.
- Ubillos, Javier. *Marcha. Índice del periodo Julio 1967 a Junio 1973*. Montevideo: Petttirossi Hnos., 1973.
- Vidal, Hernán. "The Concept of Colonial and Postcolonial Discourse: A Perspective from Literary Criticism". *Latin American Research Review* 28/3 (Austin, 1993): 113-9.

Lucía Jacob

Desde su primer número y a lo largo de su existencia, *Marcha* dedica una especial importancia al hecho cinematográfico. En los primeros años la sección sobre cine está a cargo de Arturo Despouey, Homero Alsina Thevenet y Wilson Ferreira Aldunate. Posteriormente se incorporarían Hugo Alfaro, Mario Benedetti, Hugo Rocha, Mauricio Müller, Mario Trajtemberg y alguien que se escudaba detrás del chaplinesco seudónimo *Calvero* y que resultó ser Emir Rodríguez Monegal (Rocca).

En la década del sesenta la crítica cinematográfica fue ejercida primordialmente por Alfaro, Müller, Lucien Mercier y José Wainer, quien ocuparía la jefatura de la página hasta la clausura definitiva del semanario en 1974. Quizás, en sus treinta y cinco años de vida, el rigor crítico haya sido uno de los pocos puntos en común de generaciones y estilos tan diversos y eclécticos. Sus análisis contribuyeron en buena medida a construir un perfil sumamente particular del semanario y, por extensión, de lo que luego se denominó como la *cultura cinematográfica uruguaya*. Fueron, sin lugar a dudas, distintos modos de apreciar el hecho cinematográfico, de analizarlo y de transmitirlo a sus lectores y espectadores.

A mediados de los sesenta, los acontecimientos políticos de América Latina, la profunda crisis estructural del Uruguay y el creciente compromiso de la mayor parte de la intelectualidad uruguaya con la revolución cubana tienen un efecto removedor en las posiciones sustentadas por *Marcha* frente al hecho cinematográfico. La "Suiza de América" descubre el espejismo y empieza a interrogarse, a buscar explicaciones, a mirarse y mirar el continente mestizo. Los críticos de *Marcha* -en particular Wainer y Alfaro acompañados por el distribuidor Walter Achugar- se involucran *desde adentro* en esta nueva situación y acompañan ese cuestionamiento generalizado desde la perspectiva del hecho cinematográfico. Ya no alcanza con analizar las películas en cartel sino que se brega por la necesidad de difundir ese